

## CUESTIÓN DE HERMANAS

“¡Ya estamos aquí!”.

“¡Es mamá!”, me dije.

En aquel instante salté de la silla y salí corriendo hacia el hall a recibirlos. ¡Mi alegría era infinita! ¡Os había echado tanto de menos! Mamá te tenía entre sus brazos, envuelta en una toquilla blanca. Esos dos días que habíamos pasado separadas se me habían hecho eternos. No habías cambiado nada, seguías tan diminuta e inquieta como el día que nos conocimos.

Fue en el hospital, tan sólo unas horas después de que nacieras. No aguantaba más, tenía muchas ganas de conocerte, ¡me habían hablado maravillas de ti! No se cansaban de decirme que serías una estupenda compañera de juegos, que podría cogerte como a mis muñecas, vestirte, cambiarte los pañales y darte la comidita.

Me acerqué a la cama donde estabas, de nuevo entre los brazos de mamá. En la habitación, el ambiente no era precisamente festivo, a pesar de los incontables ramos de flores que decoraban la estancia y de los enormes esfuerzos que hacía mamá para que no me diera cuenta de lo que estaba pasando.

Llegó el momento de las presentaciones. “Cariño, es Rocío, tu hermana”, dijo mamá manteniendo en su rostro una ligera sonrisa para no preocuparme. Me puse de puntillas y alcancé a darte un tímido beso en la frente. ¡Eras preciosa! ¡El bebé más bonito del mundo! Tenías la carita redonda y las mejillas rosadas, el pelo de punta, los ojos rasgados y todas las extremidades pequeñas: tus manitas asomaban por las mangas

de un jersey rosa de punto que te quedaba grande, las piernecitas las tenías al aire, al igual que los pies, ¡cómo los movías! Hoy sigo emocionándome cuando veo fotos de aquel día.

Sin embargo, yo estaba inquieta, te miraba, ¡te veía tan pequeña! Mamá no solo te abrazaba, sino que además era como si te estuviera protegiendo. Me senté en un sillón, callada, al lado de vosotras, sin separarme demasiado de aquella cama. No quería dejaros solas. Llegaron los abuelos, los tíos y los primos. Fueron desfilando por aquella habitación uno tras otro. Mamá sonreía, ¡claro que se alegraba de ver a tanta gente que nos quiere!, pero eso no cambiaba su inquietud, pues ya anda volvería a ser igual. Era consciente de que su vida había cambiado, bueno, la suya y también la mía, las dos decidimos dedicarnos por entero a ti.

Pero, ¿puede una niña de cinco años tomar decisiones tan importantes? Claro que no fue algo meditado. Simplemente te conocí, te quise desde aquel momento y supe que siempre serías para mí, que iríamos de la mano a cualquier lugar, que ya nunca estaría sola. Te convertiste en el motor de arranque de mi vida. Con una sola mirada me bastó para saber que sí, que serías aquella muñeca que me habían prometido.

Ya refrescaba en Madrid, el otoño se había instalado en la gran ciudad. Yo acababa de llegar del colegio y estaba merendando un gran tazón de cereales con leche y nesquik. En cuanto escuché la voz de mamá, aquel delicioso manjar se quedó encima de la mesa de la cocina toda la tarde. ¡Tú acaparaste toda mi atención!

Habíais estado en Barcelona, emprendísteis aquel viaje tan sólo veintidós días después de que llegaras al mundo. Mamá no quería dejar pasar más tiempo. Allí te

miraron los mejores médicos y te hicieron toda clase de pruebas: “está completamente sana, ahora a trabajar”. Fue el feliz diagnóstico de aquel viaje.

Aquella tarde adiviné que mamá y yo tendríamos por fin esa conversación que yo sentía había quedado pendiente desde el día de tu nacimiento. “Carmen, Rocío es especial, tiene Síndrome de Down”. Aquellas palabras rebotaron en mi cabeza, no sabía lo que significaba, pero sí noté que mamá me necesitaba, fue una especie de llamada de auxilio a la que acudí sin condiciones.

“¿Se va a morir?”, pregunté desolada. “No cariño”, me tranquilizó mamá, y me dio aquella explicación que tanto necesitaba: “aprenderá a hablar más tarde, también irá más despacito cuando comience a andar, tendrá que ir a médicos especiales y sobre todo, tenemos que quererla y cuidarla mucho, pero no se va a morir cielo mío”. Sonreí y contesté rotundamente: “yo te ayudo mami te lo prometo, no te preocupes”. Agarré su mano fuerte, reposé mi cabeza en su hombro y te miré. Las tres respiramos profundamente y una sensación de calma y tranquilidad protegió esa unión que persistirá siempre.

Hoy, a través de un proyecto de inserción laboral de la Asociación Alicantina del Síndrome de Down, trabajas como auxiliar administrativo dos días en semana en una empresa muy importante. Coges varios autobuses para llegar, te llevas tu tartera para comer con tus compañeros y por las tardes, vuelves llena de energía para acudir a tus clases de baloncesto o de baile, depende del día.

¡Estoy muy orgullosa de ti y de mamá!

Elsa Punset escribió: *“cuando comprendemos y reconocemos las señales de las fuerzas que nos arrastran, pasamos de ser esclavos a ser dueños de nuestras emociones”*.

Tú eres esa fuerza que me ha hecho descubrir sentimientos de los que jamás pensé poder disfrutar. Por todo eso y lo que vendrá, ¡gracias de todo corazón!